

mos de lo que somos, para corregir nuestra vanidad con nuestra misma vanidad. Es menester de tiempo en tiempo hacer, que el hombre suba hasta su origen, y obligarle, á su pesar, con la consideracion de sus miserias, de su flaqueza y de su nada, á dejar las ideas presuntuosas y vanas que tiene de sí mismo, las cuales, haciendo que no se humille, hacen tambien que no se convierta. Pues esto es lo que hace el pensamiento de la muerte. Cuando un hombre sin calidad y sin nacimiento, y no obstante elevado á una gran fortuna y colmado de bienes y de honras, llega á ensoberbecerse, el medio de reprimir su soberbia es volverle á poner delante de los ojos la oscuridad y bajeza de su origen. No tienes porque ensoberbecerte, se le dice, porque se sabe lo que has sido, y el linaje de que descendes. Esto solo basta para confundirle y para inspirarle sentimientos de modestia. Pero si sobre eso, con una vista anticipada de lo porvenir, se le pudiera mostrar lo que le habia de suceder muy presto; si se le pudiera decir, y eso con certeza: vive con cuidado; por grande que seas, estás á punto de tu ruina; una desgracia de que estás amenazado y no la has de evitar, está para reducirte á no ser más de lo que eres en tu primera edad; si se le pudiera, digo, hablar así, de suerte, que se le hiciese conocer la verdad de lo que se le anunciaba, sin duda que esta vista hiciera mayor impresion en él. ¿Por qué? Porque no mirára su fortuna sino como la altura del precipicio en que va á dar; y en lugar de deslumbrarse con lo que es, gimiera al conocer en lo que va á parar.

Pues esta duplicada vista de lo que fuimos y de lo que hemos de ser, es justamente, amados oyentes míos, de la que se vale el día de hoy la Iglesia, para hacernos vivir con humildad y sumision á los ojos de Dios. El hombre, dice la Escritura, estaba en la honra y en la gloria á que Dios por la creacion le habia elevado, pero en medio de su gloria se desconoció á sí mismo: *Homo cum in honore esset, non intellexit*. Este olvido de sí mismo, por consecuencia necesaria, le llevó hasta el olvido, y aun hasta el desprecio de Dios. ¿Qué hace la Iglesia? Para restablecer en nosotros este respeto y temor de Dios, que perdemos por el pecado, y debe ser el fundamento de la penitencia, nos empeña, ó por mejor decir, nos obliga á tener sentimientos de desprecio propio, dirigiéndonos estas palabras: *Memento, homo, quia pulvis es, et in pulverem reverteris*. Como si dijera: ¿por qué siendo un hombre mortal te has de atribuir una quimérica y fantástica grandeza? Acordaos de lo que erais pocos años há, cuando Dios con su omnipotencia os sacó del polvo y de la nada. Acordaos de lo que habeis de ser dentro de pocos años, en habiéndose pasado

el corto número de los días que os quedan por vivir. Veis ahí los dos términos que, á pesar vuestro, deben servir de raya á vuestra soberbia.

Pero examinemos más en particular como la Iglesia procede, y todas las circunstancias de esta ceremonia de las cenizas, que en este santo día observa. Porque ni una sola hay, que no sirva para instruirnos, y no se encamine á estos dos fines, de abatir nuestra altivez y disponernos á la penitencia. En efecto; para abatir nuestra altivez, nos pone á la vista las cenizas, y hace que se nos pongan en la cabeza. ¿Por qué cenizas? Porque ninguna cosa nos dá á conocer mejor lo que es la muerte, y la extrema humillacion á que nos reduce, que el polvo y la ceniza. Sí; estas cenizas, que recibimos postrados á los piés de los ministros del Señor, incluyen alguna cosa más eficaz que cuantos discursos hay en el mundo, para humillarnos como hombres, y para revestirnos, como pecadores, de los sentimientos de una conversion perfecta y volvernos á Dios sinceramente. Porque nos enseñan, que todas esas grandezas de que se gloria el mundo, y de que se alimenta la soberbia de los hombres; que ese nacimiento de que se jacta, ese crédito de que se precia, esa autoridad que le hace tan altivo, esos buenos sucesos de que se alaba, esos bienes de que se dá el parabien, esas dignidades y cargos de donde saca sus conveniencias; esa hermosura; ese valor, esa reputacion que idolatra, no son más que vanidad y mentira. Nos enseñan, que, á pesar de los designios vastos que traza el ambicioso de establecerse, de engrandecerse, de elevarse, de subir continuamente, sin decir jamás, *esto basta*; la muerte, con un triste destino, le reducirá muy en breve á las estrechuras de seis piés de tierra: ¡demasiado es esto á un puñado de cenizas! Veis ahí en lo que paran todos nuestros designios, todas nuestras empresas, todas nuestras pretensiones, todas nuestras trazas; en una palabra: todas nuestras fortunas y todas nuestras grandezas, cuando nuestros cuerpos, en aquella última resolucion que se hace en la sepultura, se estrechan y se disminuyen casi hasta resolverse en nada. Nos enseñan, que la muerte, no solamente destruirá esta fantasma de grandeza y de fortuna, en cuyo seguimiento corremos, sino que nuestra misma memoria perecerá; que no se hablará más de nosotros; que no se pensará más en nosotros; que habrá consuelo en nuestra pérdida; que para alguno será materia de alegría: que nuestros parientes serán los primeros que nos olvidarán; que estos amigos, en que tenemos nuestra confianza, se cansarán muy presto de llorarnos; que la tibieza de los unos y la ingratitude de los otros borrarán, en pocos días, la memoria de los bue-

nos oficios que les hemos hecho; que todo cuanto hubiéremos hecho, poniendo la mira en otra cosa que en Dios, será semejante al polvo que se lleva el viento. Ultimamente; nos enseñan, que por arraigada que esté nuestra soberbia, solamente de nosotros depende el hallar nuestra humillacion en nosotros mismos; pues esta parte de nosotros mismos, que tanto nos dá que hacer y de que somos tan idólatras, este cuerpo, no es sino una materia de corrupcion, y, segun la expresion de Tertuliano, un poco de lodo con figura de hombre.

2. Es tambien la memoria de la muerte la que siempre ha contenido á los hombres en los términos de lo justo, y los ha puesto, á pesar de las rebeliones de su soberbia, en una como necesidad de ser humildes. De ahí nace, dice S. Jêrónimo, que en todas las naciones, no solamente cristianas, sino aun las bárbaras, fué siempre la memoria de la muerte y el uso de las cenizas una de las más principales circunstancias de las pompas más solemnes, y de las ceremonias más augustas: que los griegos, despues de haber coronado á sus emperadores, les ponian delante un vaso lleno de huesos y de cenizas para advertirles, que la dignidad, que acababan de recibir, no los hacia exentos de la muerte: que los romanos en sus triunfos hacian, que fuese un pregonero detrás del vencedor para decirle á voces, en medio de los públicos aplausos, que estaba sujeto á la muerte: que en la ley antigua, el sumo Sacerdote se purificaba con ceniza cuando habia de entrar en el santuario; y que aun ahora, en la consagracion de los Papas, se le pasan delante de los ojos al nuevo pontifice algunas estopas, que consume el fuego, para darle á entender, que del mismo modo pasa la gloria del mundo, y que la tiara no le quita el ser tributario de la muerte: como si los mismos hombres hubieran reconocido, que, al paso que el mundo, ó la providencia los exalta, tienen necesidad de un contrapeso que los humille.

¿Qué hace el pecador convertido, cuando recibe esta ceniza consagrada á la penitencia? Es como si le dijera á Dios: Sí, Señor; yo quiero, desde ahora, hacer con el espíritu lo que tú acabarás, muy presto, de ejecutar de un modo absoluto. Tú has resuelto reducirme un dia á cenizas en castigo de mi pecado; y yo vengo á hacer, desde hoy, el ensayo de esta pena; yo prevengo el decreto de tu justicia, y, desde ahora, le ejecuto. Estas cenizas, segun el orden de tus divinos decretos, deben ser una parte de la satisfaccion y de la venganza que quieres tomar de mí. Empieza, Señor, á satisfacerte y á vengarte; porque aquí estoy ya cubierto de cenizas. Es verdad, que estas no son aun las cenizas de la muerte; pero, á lo ménos, son las cenizas de la penitencia, que es una especie de muerte mucho más eficaz,

para ablandarte y apaciguarte, que la misma muerte. Aplácate, pues, Dios mio, al ver estas cenizas, que son unas señales exteriores de la humillacion y contricion de mi alma. Ved ahí, cristianos, los sentimientos que una alma, verdaderamente penetrada, concibe el dia de hoy al pié de los altares; y siempre se debe conocer, que esta memoria de la muerte es un medio admirable para disponer á la penitencia los pecadores más soberbios.

Pero la penitencia no pide solo el sacrificio de nuestro espíritu por la humildad; pide tambien el sacrificio de nuestro cuerpo por la mortificacion. Es una ilusion de que en todo tiempo se ha valido el espíritu de delicadeza, creer, que la penitencia es una virtud interior puramente, y que ejercita su imperio sobre las potencias espirituales de nuestra alma; que se contenta con mudar el corazon; que solo hace guerra á nuestros vicios y pasiones, y puede practicarse sólidamente, sin que tenga la carne que sentir, y sin que le cueste nada á este hombre exterior y terreno, que es una parte de nosotros mismos. Si esto fuera así, se debieran quitar de la Escritura libros enteros, en los cuales el espíritu de Dios ha confundido, en este punto, la prudencia de la carne, con testimonios no ménos contrarios á nuestro amor propio, que se opone la verdad con el error. Fuera preciso decir, que san Pablo no lo entendia, y que concebía mal la penitencia cristiana, cuando enseñaba, que nuestros cuerpos han de ser como unas hostias vivas: *Exhibeatis corpora vestra hostiam viventem*. ROM. XII, 1: cuando queria que llegase esta virtud hasta crucificar la carne: *Qui Christi sunt, carnem suam crucifixerunt cum vitis, et concupiscentiis*. GAL. V, 24: cuando encargaba á los fieles, ó por mejor decir, les imponía una ley, de llevar real y sensiblemente en sus cuerpos la mortificacion de Jesucristo: *Semper mortificationem Jesu in corpore vestro circumferentes*. II. COR. IV, 10; y, en fin, cuando por darles ejemplo, él mismo castigaba su cuerpo, y le ponía en servidumbre. Despues que el Salvador del mundo hizo penitencia por nosotros á costa de su cuerpo adorable, es imposible que nosotros la hagamos de otro modo. Es necesario que cumplamos en nuestra carne, lo que falta, por un secreto admirable de la sabiduria de Dios, á las satisfacciones y á los tormentos de nuestro divino Mediador. Puesto que, en nuestra carne, como habla S. Pablo, reina el pecado, en ella debe reinar tambien la penitencia; porque la penitencia debe reinar en todo aquello en que reina el pecado. Nuestros cuerpos, por un infeliz contagio, y por su estrecha union con nuestras almas, se hacen cómplices del pecado, sirven de instrumentos del pecado, y son muchas veces el origen y causa del pecado; luego es razon, que ten-

gan parte en la satisfaccion y en el remedio del pecado, que se debe hacer por medio de la penitencia.

Pues á esta ley de penitencia, establecida de este modo, se opone otra ley, que llevamos en nosotros mismos, y es el amor desordenado de nuestros cuerpos. Amor de todo lo que nos parece necesario, ó por mejor decir, de todo lo que una concupiscencia ciega nos representa como necesario para sustentar nuestros cuerpos; amor de todas las conveniencias, que con tanta ansia solicitamos, y son tan conformes á los apetitos de nuestros cuerpos; amor de las delicias de la vida, que con su superfluidad y sus excesos, muchas veces, enflaquecen, ó destruyen tambien nuestros cuerpos; amor de los gustos vedados y de los deleites ilícitos, que los manchan.

Acordémonos, pues, hermanos míos, de la muerte; entremos con serias y sólidas reflexiones en el misterio de estas cenizas; y nunca prevalecerá contra el de la mortificacion el espíritu de la delicadeza. Sí, cristianos; la memoria de la muerte os despegará del amor de vuestros cuerpos. Ella es la que en todos tiempos ha producido en las almas bien convertidas, no solamente el desprecio heroico, sino el odio santo de sus cuerpos: ella es la que ha obrado tantas veces en la cristiandad milagros en la conversion de las almas.

Pero es mucho más vivo el odio de su cuerpo cuando este pecador llega á profundizar en el misterio de las cenizas, que la Iglesia le pone á los ojos; y subiendo más alto y hasta las mismas fuentes de su fe, busca el origen de una práctica tan santa; y piensa, que estas cenizas, que en una y otra ley fueron siempre símbolo de la penitencia, no son un símbolo vano, ni una pura ceremonia: cuando por los profetas aprende, que el cilicio y el ayuno, en la observancia comun de los fieles, eran inseparables de la ceniza: *Accingere cilicio, et conspergere cinere, filia populi mei.* JEREM. VI, 26: cuando advierte en los Concilios, el rigor con que eran condenados á obras penosas y de trabajo aquellas suertes de penitentes, que Tertuliano llamaba *concinerati, et reconciliati*, cubiertos de ceniza, aunque ya reconciliados. Porque, al fin, un hombre tocado de la vista de sus delitos y del espíritu de la compuncion, debe el dia de hoy decir con amargura de su alma: aquellos penitentes de la Iglesia primitiva no estaban más cargados de delitos, ni eran más pecadores que yo; y las cenizas que les ponian; no eran en ellos más estrecho empeño de hacer penitencia que lo deben ser para mí. Luego; seria cosa muy extraña, que yo usára de ellas de diferente manera; y que habiendo sido esta ceremonia, respecto de ellos, un ejercicio de mortificacion y de una mortificacion la más verdadera y rigurosa, no fué para mí más que

una apariencia y una sombra de ella solamente. Fué una cosa muy indigna, despues de haber tomado estas cenizas, pensar aun en los deleites y alegrías profanas del mundo; y, como decia un solitario, buscar los regalos de la vida aun en las cenizas de la penitencia.

Concibamos, amados oyentes míos, unos sentimientos tan puestos en razon; y éstos son los que la ceremonia de las cenizas nos debe inspirar. Si entramos en esta cuaresma bien penetrados de estas verdades, no nos será el ayuno un yugo muy pesado, como lo es para los cristianos de poco espíritu; y mucho ménos, motivo de escándalo y de culpa, como lo es para los licenciosos. Le emprendemos con alegría, le continuaremos con fervor, y le acabaremos con constancia. Despues de haber cumplido lo que la Iglesia nos manda en este precepto, no juzgaremos que por eso hemos satisfecho el precepto natural de la penitencia. Haremos cuenta de que lo que la Iglesia ha dispuesto, no nos exime de lo que deja por lo demás á nuestra prudencia y á nuestro celo. Y de este modo, el pensamiento de la muerte y la vista de las cenizas servirá para humillar nuestra soberbia y para mortificar nuestra delicadeza; y la humildad nos conducirá á la verdadera gloria, y la penitencia al soberano bien, que yo os deseo á todos.

PLANES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

I.

La ceniza es símbolo de sinceridad, de austeridad y de caridad; caracteres de la verdadera penitencia, que ha de ser, 1.º sincera: 2.º austera: 3.º amorosa.

I. Ha de ser sincera: *Convertimini ad me in toto corde vestro.* (JOEL. II.) El pecado ha introducido el desorden en el corazon, y para restablecer el orden, es indispensable la penitencia. Dios es la misma verdad, y verdaderamente nos perdona, si de todo corazon imploramos su clemencia.

II. Ha de ser austera: *In jejunio, et in fletu, et in planctu.* (ID. IBID.) La penitencia representa la justicia de Dios: *In peccatore ipsa pronuntians, pro Dei indignatione fungitur.* (TERTULL. LIB. DE PÖENIT.) Es preciso, pues, que sea austera.

III. Ha de ser amorosa: *Scindite corda vestra, et non vestimenta vestra.* (ID. IBID.) La penitencia, bien que rigurosa, seria inútil sin la caridad. ¿Qué penitencia más horrible que la de los condenados? Sin embargo, de nada les sirve, porque les falta la caridad. Por

amor perdona Dios al pecador; y por amor debe el pecador darse á Dios: *Convertimini ad me in toto corde vestro.*

II.

La Iglesia, al poner la ceniza sobre nuestras cabezas, nos recuerda: 1.º La nada á que el pecado ha reducido al hombre: 2.º La nada á que la gracia divina quiere reducir al hombre: 3.º La nada á que le reducirá pronto la muerte, si no se convierte.

I. El hombre es grande á proporción que se acerca á Dios: alejándose por el pecado de su Criador, que es el sér esencial, queda en cierto modo reducido á la nada.

II. La gracia se esfuerza también á reducirla á la nada; pero á una nada que es fuente de felicidad. Hablo de la humildad cristiana. Jesucristo anonadó, en algun modo, su divinidad, su humanidad, su santidad. Humille, pues, el hombre su espíritu, su carne, su amor propio.

III. Bien pronto la muerte reducirá nuestro cuerpo á polvo: quedará como anonadado; y si el pecador no hace penitencia, su alma quedará también como anonadada en el infierno.

DIVISIONES.

CENIZA. — La Iglesia quiere que nosotros consideremos en este polvo: 1.º La imagen de nuestra nada. 2.º El modelo de nuestro sacrificio.

CENIZA. — La Iglesia nos presenta la ceniza al principio de la cuaresma para enseñarnos, que nuestra penitencia debe comenzar por la humildad.

La Iglesia nos pone la ceniza en la frente para enseñarnos, que la fuerza de nuestro espíritu no debe impedirnos de velar sobre nuestra fragilidad.

La Iglesia bendice la ceniza y nos la reparte, haciendo con ella la señal de la cruz, para significarnos, que nuestras miserias pueden ser el remedio de nuestros pecados.

Véase: MUERTE.

CENTURION.

Populus quem non cognovi servivit mihi.

Un pueblo á quien yo no conocía, se sometió á mi dominio.

(Ps. xvii, 45.)

Con estas palabras que, inspirado de Dios, pronunció el real Profeta, según el testimonio de los Padres y de los Intérpretes, quiso el Señor anunciar al mundo, ocho siglos antes de su cumplimiento, el misterio de misericordia de la conversión de nosotros, pobres gentiles, á la religion del Mesías. Con efecto: nosotros los gentiles éramos aquel pueblo que Dios, al parecer, tenía olvidado, y que apenas conocía; pero nosotros manifestamos, desde luego, deseos de conocer el verdadero Dios, dispuestos á recibirlo, dóciles á escucharlo, y fieles á obedecerlo.

Más, no satisfecho el Señor con haber anunciado con las palabras de su Profeta este misterio de su infinita bondad para con nosotros, aun antes de cumplirlo por el ministerio de sus apóstoles, se dignó manifestarlo en la persona del Centurion, de quien habla el Evangelio; porque Jesucristo quiso, que todo cuanto practicó en su vida en el órden visible y real, se entendiese también en un sentido místico y espiritual. Y por esta razón, el Señor, en sus milagros, no solo hacía obras de omnipotencia, sino que revelaba, al propio tiempo, verdades importantes; y mientras llenaba de admiración á todos los que observaban sus actos, procuraba también la instrucción de los que le escuchaban.

Procuremos, pues, entender en su sentido misterioso y profético, el milagro que nos refiere el Evangelio de hoy, en el que fué figurada y principió á cumplirse la verdadera conversión de los gentiles; y en la fe del humilde Centurion veamos la prenda y el modelo de la nuestra. ¡Mil veces dichosos nosotros si, imitando sus sentimientos y sus obras, podemos alcanzar también su galardón! Pidamos esta gracia por la intercesión de la Virgen. A. M.